

32.º domingo ordinario B



*Dichosos los pobres en el espíritu,
porque de ellos es el Reino de los cielos. (Mt 5,3)*

Primera lectura

1 Reyes 17,10-16

En aquellos días, Elías se puso en camino hacia Sarepta, y al llegar a la puerta de la ciudad encontró allí una viuda que recogía leña. La llamó y le dijo: – Por favor, tráeme un poco de agua en un jarro para que beba. Mientras iba a buscarla le gritó: – Por favor, tráeme también en la mano un trozo de pan.

Respondió ella: – Te juro, por el Señor tu Dios, que no tengo ni pan; me queda sólo un puñado de harina en el cántaro y un poco de aceite en la alcuza. Ya ves que estaba recogiendo un poco de leña. Voy a hacer un pan para mí y para mi hijo; nos lo comeremos y luego moriremos.

Respondió Elías: – No temas. Anda, prepáralo como has dicho, pero primero hazme a mí un panecillo y tráemelo; para ti y para tu hijo lo harás después. Porque así dice el Señor, Dios de Israel: La orza de harina no se vaciará, la alcuza de aceite no se agotará, hasta el día en que el Señor envíe la lluvia sobre la tierra.

Ella se fue, hizo lo que le había dicho Elías, y comieron él, ella y su hijo. Ni la orza de harina se vació, ni la alcuza de aceite se agotó, como lo había dicho el Señor por medio de Elías.

Segunda lectura

Hebreos 9,24-28

Cristo ha entrado no en un santuario construido por hombres – imagen del auténtico –, sino en el mismo cielo, para ponerse ante Dios intercediendo por nosotros. Tampoco se ofrece a sí mismo muchas veces – como el sumo sacerdote, que entraba en el santuario todos los años y ofrecía sangre ajena. Si hubiese sido así, Cristo tendría que haber padecido muchas veces desde el principio del mundo –. De hecho, él se ha manifestado una sola vez, en el momento culminante de la historia, para destruir el pecado con el sacrificio de sí mismo.

El destino de los hombres es morir una sola vez. Y después de la muerte, el juicio. De la misma manera, Cristo se ha ofrecido una sola vez para quitar los pecados de todos. La segunda vez aparecerá, sin ninguna relación al pecado, para salvar definitivamente a los que lo esperan.

En aquel tiempo, estando Jesús sentado enfrente del cepillo del templo, observaba a la gente que iba echando dinero; muchos ricos echaban en cantidad; se acercó una viuda pobre y echó dos reales. Llamando a sus discípulos, les dijo: – Os aseguro que esa pobre viuda ha echado en el cepillo más que nadie. Porque los demás han echado de lo que les sobra, pero ésta, que pasa necesidad, ha echado todo lo que tenía para vivir.

Meditación

Se habla mucho de compartir los bienes. Toda clase de bienes. El hecho de que unos pocos acumulen todo, mientras la mayoría no tiene ni lo necesario, hace que experimentemos un sentimiento lógico de culpabilidad. Pero, a la hora de compartir, tengamos en cuenta el criterio de Cristo: no sólo hay que dar de lo que sobra, sino aun aquello que necesitamos para vivir. Con ello nos dice que sólo tiene sentido compartir los bienes cuando es signo de la entrega personal.

Dios no es un Dios de cantidades, sino de calidades. No calibra el exterior. Quiere corazones y voluntades. El hará el resto. Multiplicará los dos reales de la viuda, como multiplica, en su lugar, el profeta todo lo poco que le entrega confiada la mujer de Sarepta. Cuando damos de lo que "necesitamos para vivir", estamos entregando no sólo lo nuestro, sino a nosotros mismos. Repetimos y prolongamos entonces la acción de Cristo, que salva con "el sacrificio de sí mismo".

En lo hondo de la conciencia, el hombre descubre una ley que él no se da a sí mismo, a la cual debe obedecer y cuya voz suena oportunamente en los oídos de su corazón, invitándole a amar y obrar el bien y a evitar el mal: haz tal cosa, evita tal otra. El hombre lleva en su corazón la ley escrita por Dios, en cuya obediencia consiste su propia dignidad y según la cual será juzgado.

La conciencia es como un núcleo recóndito, como un sagrario dentro del hombre, donde tiene sus citas a solas con Dios, cuya voz resuena en lo más íntimo de aquélla. La conciencia le da a conocer de modo maravilloso aquella ley cuyo cumplimiento consiste en el amor de Dios y del prójimo. Por la fidelidad a su conciencia, los cristianos se unen a los demás hombres en la búsqueda de la verdad y en la acertada solución de tantos problemas morales que surgen en la vida individual y social. De ahí que cuanto más se impone la recta conciencia, tanto más los individuos y las comunidades se apartan del arbitrio ciego y se esfuerzan por ajustarse a las normas objetivas de la moralidad.

(De la "Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo de hoy", del concilio Vaticano II.)

32.º domingo ordinario B



*Dichosos los pobres en el espíritu,
porque de ellos es el Reino de los cielos. (Mt 5,3)*

Primera lectura

1 Reyes 17,10-16

En aquellos días, Elías se puso en camino hacia Sarepta, y al llegar a la puerta de la ciudad encontró allí una viuda que recogía leña. La llamó y le dijo: – Por favor, tráeme un poco de agua en un jarro para que beba. Mientras iba a buscarla le gritó: – Por favor, tráeme también en la mano un trozo de pan.

Respondió ella: – Te juro, por el Señor tu Dios, que no tengo ni pan; me queda sólo un puñado de harina en el cántaro y un poco de aceite en la alcuza. Ya ves que estaba recogiendo un poco de leña. Voy a hacer un pan para mí y para mi hijo; nos lo comeremos y luego moriremos.

Respondió Elías: – No temas. Anda, prepáralo como has dicho, pero primero hazme a mí un panecillo y tráemelo; para ti y para tu hijo lo harás después. Porque así dice el Señor, Dios de Israel: La orza de harina no se vaciará, la alcuza de aceite no se agotará, hasta el día en que el Señor envíe la lluvia sobre la tierra.

Ella se fue, hizo lo que le había dicho Elías, y comieron él, ella y su hijo. Ni la orza de harina se vació, ni la alcuza de aceite se agotó, como lo había dicho el Señor por medio de Elías.

Segunda lectura

Hebreos 9,24-28

Cristo ha entrado no en un santuario construido por hombres – imagen del auténtico –, sino en el mismo cielo, para ponerse ante Dios intercediendo por nosotros. Tampoco se ofrece a sí mismo muchas veces – como el sumo sacerdote, que entraba en el santuario todos los años y ofrecía sangre ajena. Si hubiese sido así, Cristo tendría que haber padecido muchas veces desde el principio del mundo –. De hecho, él se ha manifestado una sola vez, en el momento culminante de la historia, para destruir el pecado con el sacrificio de sí mismo.

El destino de los hombres es morir una sola vez. Y después de la muerte, el juicio. De la misma manera, Cristo se ha ofrecido una sola vez para quitar los pecados de todos. La segunda vez aparecerá, sin ninguna relación al pecado, para salvar definitivamente a los que lo esperan.

En aquel tiempo enseñaba Jesús a la multitud y les decía: – ¡Cuidado con los escribas! Les encanta pasearse con amplio ropaje y que les hagan reverencias en la plaza, buscan los asientos de honor en las sinagogas y los primeros puestos en los banquetes; y devoran los bienes de las viudas, con pretexto de largos rezos. Esos recibirán una sentencia más rigurosa.

Estando Jesús sentado enfrente del cepillo del templo, observaba a la gente que iba echando dinero; muchos ricos echaban en cantidad; se acercó una viuda pobre y echó dos reales. Llamando a sus discípulos, les dijo: – Os aseguro que esa pobre viuda ha echado en el cepillo más que nadie. Porque los demás han echado de lo que les sobra, pero ésta, que pasa necesidad, ha echado todo lo que tenía para vivir.

Meditación

Se habla mucho de compartir los bienes. Toda clase de bienes. El hecho de que unos pocos acumulen todo, mientras la mayoría no tiene ni lo necesario, hace que experimentemos un sentimiento lógico de culpabilidad. Pero, a la hora de compartir, tengamos en cuenta el criterio de Cristo: no sólo hay que dar de lo que sobra, sino aun aquello que necesitamos para vivir. Con ello nos dice que sólo tiene sentido compartir los bienes cuando es signo de la entrega personal.

Dios no es un Dios de cantidades, sino de calidades. No calibra el exterior. Quiere corazones y voluntades. El hará el resto. Multiplicará los dos reales de la viuda, como multiplica, en su lugar, el profeta todo lo poco que le entrega confiada la mujer de Sarepta. Cuando damos de lo que "necesitamos para vivir", estamos entregando no sólo lo nuestro, sino a nosotros mismos. Repetimos y prolongamos entonces la acción de Cristo, que salva con "el sacrificio de sí mismo".

En lo hondo de la conciencia, el hombre descubre una ley que él no se da a sí mismo, a la cual debe obedecer y cuya voz suena oportunamente en los oídos de su corazón, invitándole a amar y obrar el bien y a evitar el mal: haz tal cosa, evita tal otra. El hombre lleva en su corazón la ley escrita por Dios, en cuya obediencia consiste su propia dignidad y según la cual será juzgado. La conciencia es como un núcleo recóndito, como un sagrario dentro del hombre, donde tiene sus citas a solas con Dios, cuya voz resuena en lo más íntimo de aquélla. La conciencia le da a conocer de modo maravilloso aquella ley cuyo cumplimiento consiste en el amor de Dios y del prójimo. Por la fidelidad a su conciencia, los cristianos se unen a los demás hombres en la búsqueda de la verdad y en la acertada solución de tantos problemas morales que surgen en la vida individual y social. De ahí que cuanto más se impone la recta conciencia, tanto más los individuos y las comunidades se apartan del arbitrio ciego y se esfuerzan por ajustarse a las normas objetivas de la moralidad.

(De la "Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo de hoy", del concilio Vaticano II.)